



ERNESTO H. BATTISTELLA

**PROFESOR TITULAR DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA Y DIRECTOR DE LA ESCUELA DE FILOSOFIA.
PROFESOR VISITANTE DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA.**

LA FILOSOFIA LINGUISTICA: ¿LINGUISTICA 'A PRIORI', LINGUISTICA LEGISLATIVA, O MERA ABERRACION?

**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION**

En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, fructificó en Inglaterra uno de los postrimeros retoños de la filosofía analítica: la filosofía del lenguaje ordinario. El *dictum* de Wittgenstein "toda la filosofía es crítica del lenguaje" fue llevado a su última consecuencia: el lenguaje ordinario contiene **toda** la materia prima del filosofar. Los filósofos, por más de 2500 años, habían creído discurrir sobre "cosas", cuando en realidad sólo trataban sobre palabras. ¿Queremos comprender el mundo? Analicemos el lenguaje corriente: aquí hallaremos todas las respuestas. El venerado maestro, el segundo Wittgenstein, quien se había dado —según Russell— a la tarea de evitar la reflexión, marcaba la senda: a la postre "la filosofía deja todo como está". De esta suerte, la filosofía se trocó en una casuística dedicada a examinar "usos lingüísticos". La metafísica surge a menudo por extrañas conexiones de palabras, las cuales aparecen sólo en los escritos filosóficos; en tales casos, no existen reglas establecidas para el uso de las palabras en dichas conexiones; por ello nos vemos compelidos a echar mano de analogías poco convincentes para justificar el uso de las palabras. La cura de estas confusiones se halla, según Wittgenstein, en el examen del lenguaje en actividad, en su familiar empleo cotidiano. A la filosofía no le compete, pues, reformar el lenguaje: ha de dejar todo como está; simplemente hemos de describir el uso cotidiano del lenguaje con el fin que sus patrones efectivos de empleo nos queden claros. En definitiva, la única faena del filósofo sería describir el uso establecido de las palabras, pero no explicarlo, criticarlo o intentar mejorarlo; la descripción sólo puede llevarse a cabo con seguri-

dad a través de advertencias; no a través de términos generales o teóricos¹.

Un reciente libro de C. W. K. Mundle está dedicado a una demoledora crítica de las concepciones antes abocetadas². "Los filósofos (seguidores del segundo Wittgenstein)" —Mundle **dixit**— "proceden como si las soluciones de todos los problemas filosóficos estuvieran ocultas en las observaciones de Wittgenstein. (De ser así, se hallan bien ocultas)". Y las prescripciones que no se hallan bien ocultas, como la insistencia a confinarse en el uso del lenguaje ordinario, constituyen un lamentable legado de Wittgenstein. Cuesta trabajo creer que el pensador de lucidez sobrehumana del **Tractatus** sea el mismo dispensador de trivialidades de las **Philosophical Investigations**. Eximirse del empleo de términos técnicos, ciñéndose únicamente al uso del lenguaje ordinario, es segura garantía de fracaso para cualquier pensador: es requisito para el pensamiento crítico revelar y suprimir las ambigüedades que inficionan el lenguaje ordinario. Unase a ello que, según las normas del Maestro, el casuista lingüístico ha de limitarse a **describir** el uso que la gente hace del lenguaje, pero le está prohibido **teorizar** sobre él, ya que "en filosofía no extraemos conclusiones...; la filosofía sólo enuncia lo que todos admiten", y se advertirá hasta qué grado este género de árido neoescolasticismo es impotente para resolver cualquier serio problema filosófico. ¿Cómo se enfrentaría un filósofo del lenguaje ordinario con un problema de filosofía de la ciencia?

Otra variedad de esta insubstancial filosofía es la que Mundle cataloga como 'lingüística **a priori**': la práctica de inventar o presuponer reglas acerca del lenguaje, procediendo como si éstas fueran reglas **a priori**, y deduciendo de ellas que no podemos decir (propriamente) las cosas que decimos, o que no significamos lo que pretendemos significar con las cosas que decimos. El representante más conspicuo de esta tendencia —a la que Waismann bautizó como 'policía del lenguaje'— fue J. L. Austin, de cuyo

1 Cfr. A. M. Quinton: "Logical Analysis", en **Wittgenstein: the Philosophical Investigations**, ed. por G. Pitcher: Notre Dame y London University of Notre Dame Press, 1968, pp. 14-17.

2 Cfr. C. W. K. Mundle: **A critique of linguistic philosophy**; Oxford, Clarendon Press, 1970.

libro **How to do things with words** extraemos este ejemplo:

Mi declaración 'el gato está sobre la estera' implica que creo que lo está, en el sentido de "implica" mencionado por G. E. Moore. No podemos decir 'el gato está sobre la estera pero no creo que lo esté'. (Este no es efectivamente el uso ordinario de 'implica': 'implica' es en realidad más débil: como cuando decimos 'El implicaba que no lo sabía' o 'Ud. implicó que lo sabía' (como distinto de creerlo)³).

Se advierte, sin mayor análisis, que estas consideraciones sobre el lenguaje son más bien normativas que descriptivas. En el pasaje siguiente notaremos otras peculiaridades de la lingüística **a priori**:

"Todos los hijos de Jack son calvos" presupone que Jack tiene algunos hijos. No podemos decir que 'Todos los hijos de Jack son calvos pero Jack no tiene hijos' o 'Jack no tiene hijos y todos sus hijos son calvos'.

Hay un sentimiento común de ultraje en estos casos; empero, no usamos algunos términos velados como 'implica' o 'contradicción', porque hay grandes diferencias. Existen otras maneras de matar un gato aparte de ahogarlo en mantequilla; pero esta es la clase de cosas (como el proverbio lo indica) que pasamos por alto: aparte de la mera contradicción hay otros modos de ultrajar el lenguaje. La pregunta fundamental es: ¿de cuántas maneras y por qué ultrajan el lenguaje, y dónde reside el ultraje?⁴.

Esta curiosa **mélange** de estipulaciones acerca de lo que no se puede decir, combinadas con una suerte de preceptiva literaria **sui generis**, es el nuevo modo de 'filosofar'. Venimos así a descubrir que en el ámbito hispanoparlante, Arturo Capdevila fue uno de los predecesores de tal 'filosofía'; pocos como él se dieron a escrutar y catalogar las maneras en las que se ultraja el lenguaje —al menos el español—:

Pero la verdadera mancha del lenguaje argentino es el voseo. La frase rioplatense está como salpicada de viruelas con esa ignominiosa fealdad. (...) Ese mazacote del pronombre **vos** entreverado con los enclíticos y posesivos del **tú** (**Callate vos... Venite aquí con tu libro... Ite, que me incomodás...**), constituye de por sí un atentado contra la lógica. Ni habla bien el que piensa mal ni piensa bien el que mal habla.

3 J. L. Austin: **How to do things with words**; New York, Oxford University Press, 1962, p. 48.

4 **Ibíd.**

Hablar así es verdaderamente una caída en el caos. El pensamiento no puede salir incólume, a la postre. Dejar de hablar así es, al contrario, una adquisición luminosa. Bien lo sé yo. Cuando por el cariño de una venerada memoria yo adopté el **tú**, siendo todavía muchacho, sentí como que se aclaraba mi espíritu. Las ideas cobran con esto sólo una mayor cohesión. El pensamiento se fortalecía y limpiaba⁵.

Capdevila arguye como si creyera que sus propios usos de las palabras constituyen un conocimiento **a priori** acerca de una estructura lógica inherente al lenguaje. Si los rioplatenses abandonan el **vos** y lo sustituyen por el **tú** hablarán con más lógica y se les clarificará el pensamiento. Hemos de decir, con todo, que Capdevila no pretendía filosofar: se conformaba con ser un purista de la gramática, bien que sus prescripciones cayeran en el vacío; los rioplatenses —incluidos los filósofos— siguen muy campantes hablando de **vos**.

La filosofía lingüística —o, mejor dicho, anglolingüística— parece perseguir como uno de sus objetivos la introducción de una gramática muy particular; hasta cuando no cae en el terreno prescriptivo, esta filosofía cumple las mismas tareas que las ejecutadas, ex. gr., por Fowler en su **A dictionary of modern english use**. Por lo demás, ¿a quién se le ocurre hablar de los calvos hijos de Jack que Jack no tiene? A las personas normales no es menester aconsejarles que no digan tales barrabasadas, puesto que de hecho no las dicen; en cuanto a los filósofos, si ultrajan el lenguaje, lo hacen, por lo general, a plena conciencia: es un modo de instalarse en la bruma que permita, en numerosas ocasiones, disfrazar modestas perogrulladas de lucubraciones profundas. Los seguidores del segundo Wittgenstein tenían una virtud —bien que negativa—: dejaban todo como está. Pero los 'policías del lenguaje' tratan de enseñarnos cómo se debe hablar: un artículo de Austin —titulado justamente **How to talk**— está dedicado a describir las diferencias en el uso de 'describir **X** como **Y**', 'llamar a **X**, **Y**' y 'enunciar que **X** es **Y**'; las conclusiones valen por sí mismas, ya que Austin no intenta aplicarlas a problema filosófico alguno; síguese de ello que la función de describir 'usos lingüísticos' se agota en sí misma, o bien nos indica que tales usos lin-

⁵ A. Capdevila: **Babel y el castellano**; B. Aires, Losada, 1940, pp. 95-96.

güísticos son espurios. ¿Y por qué lo son? Por razones análogas a *las expuestas por Capdevila... Optime res geritur!*

Los escritos de otros filósofos constituyeron, muy frecuentemente, los blancos de las críticas de Austin, que interpretaba tales escritos como piezas de lenguaje ordinario, sin caer en cuenta que algunos enunciados científicos resultan igualmente disparatados si se les interpreta de manera similar —ex. gr., como si se usa 'luz' para referirse al espectro total de ondas electromagnéticas—. Otras veces, Austin trataba de mostrar que los enunciados filosóficos eran disparatados, extrayéndolos fuera de contexto y tratándolos como lenguaje ordinario⁶. Menester es reconocer que la faceta normativa de Austin no proviene de Wittgenstein: las **Investigations** identifican la filosofía con una suerte de lingüística empírica vertebrada en las cosas que la gente efectivamente dice y hace con el lenguaje; la máxima favorita del nuevo filosofar es 'no piense; observe'. Cuando Austin sigue la máxima, observa y describe, lo hace —según Mundle— como si el inglés fuera hablado por las pocas personas que son tan fastidiosas como él y tan sensibles a las futesas y etimologías de las palabras.

Con todo, hemos de admitir que Austin era genial; y su genialidad le salva de ser un vulgar casuista del lenguaje ordinario: en todos los trabajos de Austin fosforecen legítimas gemas del pensamiento —a menudo medio ocultas entre el espeso magma de atosigantes fruslerías—. En las primeras páginas de **How to do things with words** aflora un tropel de estupendas ideas, ilustradas con felices ejemplos; pero —**hélas**— muy rápidamente la maraña de consideraciones triviales opaca los arrostos del comienzo.

Desde luego, los desprovistos de talento hallan en la 'filosofía del lenguaje ordinario' un venero inagotable para publicar memorias y libros; por fortuna en el ámbito hispanoparlante es punto menos que desconocida —no hay casi traducciones—, pues si hasta las extravagancias de Heidegger atrajeron adictos, ¿qué sucedería con este vacuo filosofar centrado en observar cómo

6 Cfr. Mundle, *op. cit.*, p. 79.

habla la gente? Surgirían legiones de 'filósofos del lenguaje ordinario' prestos a decirnos que iniciar una frase con la muletilla —de rigurosa actualidad— 'o sea que...' es, tal vez, un uso lingüístico que traduce alguna peculiaridad del universo. Pero no prosigamos en esta tesitura: de hacerlo, quizá nos topemos pronto con un trabajo de ascenso dedicado a elucidar tan trascendente cuestión.

Siguiendo a Mundle, entenderemos por 'lingüística legislativa' la práctica de hacer falsas aserciones acerca de lo que decimos, o de lo que no decimos o no podemos decir, para llevar aguas hacia el molino de cierta teoría o tesis filosófica, pero sin formular reglas o principios generales algunos acerca del lenguaje, a partir de los cuales se podrían extraer dichas aserciones. Ilustremos el **modus operandi** de la lingüística legislativa:

Los problemas filosóficos versan en buena medida acerca del **uso correcto** de ciertas expresiones lingüísticas; la elucidación de un concepto implica también, en buena medida, la aclaración de confusiones lingüísticas. Sin embargo, el filósofo no se interesa en el uso correcto como tal, ni todas las confusiones lingüísticas son igualmente relevantes para la filosofía. Sólo lo son en cuanto su análisis está destinado a esclarecer el problema del grado de inteligibilidad de la realidad, y qué diferencia constituiría para la vida del hombre el hecho de que éste pudiese aprehender en cierta forma dicha realidad. De modo que debemos preguntar cómo los problemas del lenguaje —y qué clase de problemas acerca de éste— pueden guardar relación con estos temas⁷.

El primer párrafo es una declaración de principios: el filósofo legisla acerca del **uso correcto** de expresiones lingüísticas; a continuación se nos habla de 'elucidación de un concepto'. Lamenta-

blemente, los filósofos lingüistas mantienen una deliberada ambigüedad en torno al uso de concepto, pues aunque 'concepto' es uno de los términos más equívocos del vocabulario filosófico, es útil precisamente a causa de su ambigüedad, como una suerte de salvoconducto a través de los laberintos representados por la teoría del significado, la teoría del juicio y la teoría del ser⁸. ¿Cuál

7 Cfr. P. Winch: **Filosofía y ciencia social**; B. Aires, Amorrortu Editores, 1972, pp. 17-18. (El subrayado del texto es nuestro).

8 Cfr. "Concept" en **The Encyclopaedia of Philosophy**, ed. por P. Edwards; N. York y Londres, The Macmillan Co. & Free Press y Collier-Macmillan, 1967.

es, por tanto, el uso correcto de 'concepto'? Un filósofo lingüista no acostumbra a elucidarlo: él legisla para los demás, pero usa el uso que le da la gana... ¡Faltaría más! De inmediato funciona el arte de birlibirloque: se elucida un presunto 'concepto'—sin que el filósofo aclare o explique qué entiende por 'concepto'—; ello implicará —¿en el sentido de 'implica' mencionado por G. E. Moore?— la aclaración de confusiones lingüísticas, i.e., se 'aclaran' confusiones a base de vaguedades. Desde luego, se escogerá la confusión lingüística que el filósofo juzgue 'relevante', i.e., la que le venga a medida para la argumentación ulterior. Aclarada tal confusión, el filósofo nos dirá de qué modo aprehendemos la realidad. En resumen: el filósofo indica —a lo Capdevila— cuál es el uso correcto de las expresiones lingüísticas —por 'uso correcto' ha de entenderse 'el uso que convenga para sostener una tesis preconcebida'—; luego, valido de este 'uso correcto' señala alguna 'confusión lingüística'; sin embargo, en ningún punto de la argumentación nos dice de qué reglas o principios se valió para legislar sobre el 'uso correcto'; cuando más, se echará mano de 'conceptos'.

No se ha de perder de vista que un grueso porcentaje de la filosofía lingüística es **anglo**lingüística, consistente en descripciones de peculiaridades del idioma inglés, cuya gramática delinearía una suerte de mapa categorial que trasciende todos los lenguajes naturales. He aquí una muestra:

The first person singular present indicative active may be used to describe how I habitually behave: 'I bet him (every morning) sixpence that it will rain or 'I promise only when I intend to keep my word'. (...) Some verbs may be used in the first person singular present indicative active simultaneously in two ways. An example in 'I call', as when I say 'I call inflation too much money chasing too few goods' which embraces both a performative utterance and a description of a naturally consequent performance⁹.

No es menester mucha agudeza para percatarse que estas características del inglés no son trasladables a todos los lenguajes naturales. Y la identificación de 'filosofar' con 'gramática inglesa'—o con cualquier otra gramática— nos parece por demás caprichosa.

9 Austin, *op. cit.*, pp. 64-65.

La lingüística **a priori** y la anglolingüística, pese a ser estériles y triviales, conservan un dejo de respetabilidad. Pero hay otras ramas de la filosofía lingüística que dan en la mera aberración. Examinemos, a guisa de ejemplo, la coprolingüística de H. R. Forsyth —el elegante término 'coprolingüística' fue amonedado por el propio Forsyth—. En su obra **Coprolinguistics: a new approach to philosophy**¹⁰, Forsyth nos describe su **modus operandi**:

Los patricios romanos trataban los asuntos de estado en las letrinas; los excusados de Pompeya ostentaban —según lo han revelado los arqueólogos— preciosos **graffiti** en sus paredes. ¡Cuánto pueden decirnos sobre la estructura del universo las inscripciones de los excusados! A través de un cuidadoso análisis lingüístico de los **graffiti** de letrinas podemos comprender mejor al hombre.

En la primera parte del libro, Forsyth reproduce centenares de inscripciones y dibujos, fotografiados en los excusados de todas las latitudes. (En esta tarea —nos dice— tuvo la invaluable ayuda de su esposa, quien es una experta fotógrafa. Y —agregaríamos nosotros— que es poseedora de un estómago a toda prueba).

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de los "textos". Aquí el método no difiere mucho del empleado por los demás filósofos lingüistas. Forsyth se pregunta a cada paso por qué algún rústico trazó la inscripción en examen, utilizando una gramática que —para nuestro filósofo— no corresponde al uso correcto del imperativo en inglés. Concluye —casi invariablemente— que el rústico estaba aquejado de perplejidades metafísicas. La tercera parte del libro expone cuáles deberían ser las formas adecuadas de trazar **graffiti** en los excusados.

¿A qué se debe la tenaz supervivencia de tan grotescos y triviales modos de "filosofar"? En otras épocas la tarea de los filósofos era clara: sintetizar todo el conocimiento disponible —y aun concebible— y erigir con él una teoría o sistema universal. Al producirse, en los tres últimos siglos, una colosal expansión de las ciencias naturales, los grandes constructores de sistemas devinieron una especie extinta. Y sus descendientes filosóficos,

10 Wichita City, Carslaw Press, 1962, 5ª ed.

perplejos ante la nueva situación, prefirieron hacer caso omiso de la ciencia y dedicarse a sus encapsulados problemas "filosóficos": '¿existe (realmente) la materia?', '¿cuál es la esencia de la verdad?', 'cogito ergo sum', 'l'existence précède l'essence'. Cuando se les advirtió —o ellos mismos advirtieron— que estos presuntos problemas eran meros embrollos lingüísticos, la filosofía académica se adjudicó faenas más respetables: análisis lógico, elucidación conceptual, examen de los patrones efectivos del lenguaje ordinario... Algunas de estas tareas requerían estrecho contacto con la ciencia —sintaxis lógica del lenguaje científico, criterios empiristas del significado, metodología de la ciencia, ...—; otras permitían una cómoda evasión hacia una tierra de nadie: entre éstas se destaca la filosofía del lenguaje ordinario, que no es lingüística ni filosofía. Y hoy por hoy el filósofo ha de elegir entre mantener sus manos limpias, persistiendo en actitudes apriorísticas, al costo de la ignorancia de importantes materias, o dedicarse a la investigación en temas que antes el filósofo juzgó indignos de atención. Este rumbo ya comienza a delinearse: en un reciente trabajo —nos limitamos por mor de brevedad a un solo ejemplo—, Nathan Stemmer ha investigado los aspectos empíricos de la inducción; para ello se ha valido de resultados propios de la biología, la psicología y otras ciencias. "Hay problemas" —anota Stemmer— "que son estrictamente filosóficos; éstos no pueden clarificarse ni resolverse por investigaciones empíricas. Pero existen problemas que, a despecho de tener carácter filosófico, están, sin embargo, claramente relacionadas con fenómenos empíricos. Aunque tal tratamiento no siempre asegura la posibilidad de resolverlos, usualmente arroja considerable luz sobre ellos. A esta categoría pertenece el problema de la inducción, el cual encierra al menos dos aspectos empíricos: el primero que los seres vivos, incluidos los humanos, generalizan. Si observamos que algo tiene una particular propiedad, frecuentemente **esperan** que otras entidades también tengan esta propiedad. El segundo aspecto es la sorprendente **exactitud** de estas expectativas: en un gran número de casos, las otras entidades poseen, en verdad, la particular propiedad"¹¹.

11 Cfr. N. Stemmer: "Empirical aspects in induction; Bar-Ilan University, 1973.

Huelga decir que la "lingüística" que practican los filósofos del lenguaje ordinario carece de toda relación con la empiriose-mántica o la psicolingüística: el filósofo de este género desdeña todo contacto con las "limitadas" ciencias empíricas: ellos simplemente "ven" u "oyen" o "captan" el sentido o sinsentido de una expresión. Y algunos extreman la nota hasta mantener que un hablante nativo no puede jamás equivocarse; percibe la permisibilidad —o impermisibilidad— cognitiva de una expresión directa, instantáneamente, en una suerte de **éclat**, de revelación, mediante instinto lingüístico, sentido lógico o clarividencia hermenéutica. Subyace aquí la hipótesis que **el lenguaje natural, al menos en su 'empleo ordinario', es perfecto, e impecable, coherente y completo**, no susceptible de mejoras. Ello les lleva a argüir en contra de la construcción de sistemas formales o de lenguajes artificiales, pese a la fecundidad que éstos han mostrado en la metodología y filosofía de la ciencia; **alioquin**, quienes practican una filosofía del lenguaje con orientaciones empíricas no muestran tirria alguna contra los 'constructores de cálculos', ya que las investigaciones experimentales **serias** —no la 'lingüística de sofá' practicada por los filósofos del lenguaje ordinario— tienden a poner de manifiesto más y más la **untidiness** de los lenguajes naturales; por tanto se percatan de la necesidad de sistemas formales precisos y coherentes, que permitan tratar problemas filosóficos **relevantes**¹².

Por lo demás, no existe evidencia alguna a mano que soporte la peregrina idea que el lenguaje natural es la maravilla, el prodigio que los filósofos del lenguaje corriente pretenden que

sea, como lo afirma, *ut puta*, Norman Malcolm:

Un enunciado filosófico no puede ser paradójico ni falso. (...) si un enunciado filosófico es paradójico, lo es porque afirma la impropiedad de una forma corriente de hablar. (...) Pero no es posible que una forma corriente de hablar sea impropia, es decir, que **el lenguaje ordinario es el lenguaje correcto**. (*The philosophy of G. E. Moore*. El subrayado del texto es nuestro).

¹² Cfr. H. Tennessen: "Permissible and impermissible locutions" en *Logic and language*; Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1962, pp. 220-33.

No es preciso demasiada perspicacia para caer en la cuenta que las asepciones citadas carecen de todo fundamento. Tratar de reducir la filosofía a largas listas de locuciones permisibles e impermisibles, a un árido repertorio de banales comentarios sobre lo que la gente dice, equivale a trivializarla. **Praeterea**, los 'policías del lenguaje' jamás lograrán resultado alguno, pues como ya lo había descubierto Horacio.

Usus

Quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.